

De la modernidad y sus mapas

Revista de Occidente y la “nueva generación” en la Argentina de los años veinte

*Karina Vasquez

Un magistral artículo de Pedro Henríquez Ureña, destinado a indagar en la pregunta por “el sentido del carácter” y la “originalidad” en la literatura americana, comienza reflexionando en torno a *aquello que nos viene de Europa*. El eclipse, provocado por la guerra, parece haber sumido en una “feliz anarquía” a aquel continente, desde el cual, antes, “nos venía la luz”. Sin duda, agrega el escritor dominicano, “ojos perspicaces discernirán corrientes, direcciones, tendencias, que a los más superficiales se les escapan”, frase que remite a una nota al pie, en donde cree necesario subrayar: “eso no implica ningún acuerdo con los moradores de la *terrazza* donde todo sustento intelectual proviene de la *Revista de Occidente*”¹.

Esta cita nos sugiere ya uno de los rasgos principales que van a caracterizar a la empresa que se propone llevar a cabo *Revista de Occidente*. Tal como aparece en la editorial “Propósitos” del primer número, esta publicación se planteaba a sí misma en el lugar de aquellos “ojos perspicaces”, capaces de discernir en la confusión líneas relevantes y presentar al lector culto “el plano de la nueva arquitectura en que la vida occidental se está reconstruyendo”². Pero esta cita nos habla también de algunos de los lectores de esta publicación. Ciertamente, si desde su primer número la revista se proyecta hacia el público hispano-americano, donde la editorial Espasa-Calpe distribuía la mitad de su edición³ -en especial en la Argentina-; parece ser que “los moradores de la *terrazza*” no eran pocos, ya que Henríquez Ureña siente la urgencia de insistir sobre este tema en un artículo de 1927,

¹ -. Henríquez Ureña, Pedro; “Caminos de nuestra historia literaria” en *Valoraciones*, La Plata, vol. III, núm. 7, sept. 1925, pp. 27-32.

² -. “Propósitos” en *Revista de Occidente* (en adelante: *RO*), vol. 1, núm. 1, julio 1923, pp. 2-3.

³ -. Véase Lopez Campillo, Evelyn; *La “Revista de Occidente” y la formación de minorías, 1923-1936*, Madrid, Taurus, 1972, p. 66.

“El peligro de *Revista de Occidente*”⁴, donde se ve claramente una recriminación y una alerta dirigida no tanto a esta publicación, sino más bien a sus lectores de este lado del océano. Es decir, reconoce en *Revista de Occidente* uno de los focos principales de difusión cultural en el mundo hispano, pero el “peligro” que cree su deber señalar es la tendencia de algunos jóvenes a identificar los horizontes de la cultura con las marcadas predilecciones de esta publicación. Bien pudiera ser que estas prevenciones, que atacan la lectura de moda, fuesen exageradas. De todas formas, junto a ellas, los datos de la distribución nos inducen a pensar, que el conjunto del emprendimiento editorial de *Revista de Occidente* contó con una destacada atención desde su aparición en julio de 1923. Sin embargo, poco sabemos en torno a la incidencia de esta lectura en los jóvenes intelectuales durante la década del veinte. Con frecuencia, la gravitación de *Revista de Occidente* en los medios y en el panorama intelectual argentino ha sido mencionada en relación al surgimiento de la revista *Sur* en 1931, pero es conocido que ya desde la Reforma Universitaria, los jóvenes que se autoproponen como la “nueva generación” sostienen con diverso énfasis, a partir de emprendimientos compartidos, una voluntad de ruptura con el pasado, alentando una amplia corriente de renovación ideológica y estética. En este contexto, una revista tan sensible a la novedad como *Revista de Occidente*, que se propone precisamente dar cuenta de una “profunda transformación en las ideas, en los sentimientos, en las maneras y las instituciones”, no hubo de pasar desapercibida. A partir de aquí, el problema que se nos abre es el siguiente: ¿qué tipo de lecturas, de apropiaciones, de desavenencias y malentendidos circularon entre los jóvenes intelectuales argentinos a propósito de *Revista de Occidente*? Es decir, ¿qué materiales o líneas de aquel particular “plano de la nueva arquitectura moderna” fueron tomados, utilizados y discutidos entre esa “nueva generación”?

Como es sabido, en nuestro medio, uno de los canales privilegiados para la circulación de ideas, problemas y preocupaciones entre estos jóvenes fue aquel configurado a partir de las diversas publicaciones y emprendimientos editoriales que surgieron en los años veinte. Entre las más conocidas, podemos contar a *Valoraciones*, *Inicial*, *Sagitario*, *Proa*, *Martín Fierro*. Creo que es posible rastrear a través de ellas, qué tipo de diálogo, de

⁴ -. Henríquez Ureña, Pedro; “El peligro de *Revista de Occidente*” en *La Pluma*, Montevideo, vol. III, 1927, citado en Medin, Tzvi; *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, FCE, 1994, p. 32.

apropiaciones, de polémicas y silencios se establece entre estos jóvenes y *Revista de Occidente*. Pero dada la vastedad de esta empresa, en esta oportunidad sólo voy a ofrecer algunas sugerencias al respecto, destinadas al menos a plantear la diversidad de problemas, intereses y colocaciones que mediaron esa lectura.

Antes de abordar algunas de las líneas que constituyen el universo de referencias que arma *Revista de Occidente* en un período acotado a los años 1923-1927⁵, es necesario detenernos a considerar cuáles fueron las características del objeto, así como también las condiciones materiales que hicieron posible su existencia y continuidad. Tanto el modo de dirigirse a su público, como los “Propósitos” que la publicación anuncia en su primer número aparecen sustentados desde un formato particular, destinado a producir determinados efectos sobre sus lectores.

Ya desde su aparición, la revista define un modo de presentación que se va a mantener estable en el tiempo –a lo largo de toda la primera y segunda época-. Diseñada en un formato de 214 x 149 mm, la revista exhibe una tipografía especial –de largas *d* y *p* extendidas-, con dos secciones (artículos y notas) claramente diferenciadas por el tamaño de la letra y el espacio entre líneas, a lo cual se suma una prolija tapa donde resalta en color verde el nombre de la publicación y una viñeta especialmente dibujada para cada número, el conjunto destaca por el cuidado en la edición. Junto a esto, otro rasgo que seguramente ha impresionado en el medio argentino es el de la regularidad de su aparición: en el período estudiado, mes tras mes, se suceden las entregas de 130/140 páginas. En un ambiente como el nuestro, en el que las publicaciones gozaban de una vida efímera, con frecuentes problemas de financiación y la consecuente falta de regularidad en su aparición, estos rasgos marcaban un fuerte contraste.

Ciertamente, es difícil negar que ese contraste produjo efectos en sus lectores argentinos: entre ellos, el “aura” de distinción que rápidamente marcó tanto a la publicación propiamente dicha como a los productos de la editorial *Revista de Occidente*, por lo cual parece necesario dar cuenta de las condiciones materiales que produjeron esa diferencia.

Si bien posible reconocer por esos años, tanto en Argentina como en España, la voluntad de los escritores por completar un proceso de autonomización de la esfera estética,

⁵-. La primera época de *Revista de Occidente* se extiende desde 1923 hasta 1936. Nosotros proponemos centrar nuestro trabajo en los primeros cuatro años de esta publicación, dado que es el período en el cual se desarrollan las principales experiencias juveniles en la Argentina durante la década del veinte.

iniciado en ambos casos a fines del siglo pasado; en el caso español, este proceso se verá acompañado por el surgimiento y la consolidación del nombre de importantes casas editoriales.

Mientras que en Buenos Aires la ediciones de libros, incluso de autores consagrados, son frecuentemente financiadas por el autor, y las revistas tienden a solventarse precariamente con los aportes personales de sus miembros, familiares, o mecenas; en Madrid, la editorial Espasa-Calpe comenzaba a dedicar sus colecciones al público universitario. Ortega y Gasset jugó un papel relevante en este proceso, dado que, como es conocido, el joven profesor universitario provenía de una familia dueña de uno de los más importantes diarios de Madrid, *El Imparcial*. En 1916, este diario atravesaba una difícil situación económica, por lo cual se iniciaron conversaciones con Nicolas María de Urgoiti con el propósito de transformar y solventar el periódico. Urgoiti era el director general de “La Papelera Española” y representaba a un grupo de empresarios bilbainos que, beneficiados por el impulso que la guerra había proporcionado a la industrias del papel, estaban interesados en expandir sus actividades. Pronto aparecieron los conflictos entre este grupo de empresarios –con Urgoiti a la cabeza- y la familia Gasset. Esto determina la ruptura de Ortega con su familia y *El Imparcial*, apoyando decididamente a Urgoiti en la fundación del diario *El Sol* en 1917.

La colaboración y la participación de Ortega en este proyecto fue muy importante, a tal punto que Gonzalo Redondo⁶ considera a *El Sol* como una de las “empresas políticas” de Ortega. Esta experiencia impulsa a Urgoiti a incursionar más decididamente en el negocio editorial, propiciando la fundación por parte de la Sociedad Anónima que el presidía de la editorial Calpe en 1919. En 1922, la Junta de Accionistas, alentada por el éxito del negocio, comienza a pensar la fusión con la editorial catalana Espasa y decide “la inmediata expansión por tierras americanas”. En septiembre del mismo año, Urgoiti viaja a Buenos Aires. El 29 de octubre de 1922, el diario *La Nación* de Buenos Aires publica una entrevista a Urgoiti, titulada “Cómo se organiza una empresa editorial. La historia de Calpe referida por su fundador, don Nicolás María de Urgoiti”⁷. En la entrevista, realiza una breve historia de Calpe, donde resalta la afirmación de que, una vez ampliada la organización

⁶ -. Cfr. Redondo, Gonzalo; *Las empresas políticas de Ortega y Gasset (1917-1934)*, Madrid, Ediciones Rialp, 1970.

⁷ -. Citado en *Ibidem*, p. 354.

comercial, “vio llegado el momento de hacer un llamamientos a capitalistas e intelectuales para la creación de una gran Sociedad Editorial”. Además, también consigna las distintas colecciones que, para ese momento, constituían su fondo editorial. En total, nueve colecciones: Ortega y Gasset dirigía “Ideas fundamentales del siglo XX” (donde fueron publicados títulos tales como la primera parte de *La decadencia de Occidente* de Spengler, *Ciencia cultural y ciencia natural* de Rickert, *La teoría de la relatividad de Einstein* de Max Born, etc.); García Morente, la “Colección Universal”; Luis Bello, la de “Escritores contemporáneos” (con obras de Maurras, Barrés, Proust, Unamuno, Chejov, Tomás Mann, Giraudoux, Péguy, etc.); Dantin Cereceda, las publicaciones de Geografía, Historia y viajes; la sección pedagógica estaba al frente de Lorenzo Luzuriaga; la sección médica era dirigida por Santiago Ramón y Cajal; Esteban Terradas estaba cargo de la sección de Ingeniería, Química y Electricidad; Luis de Hoyos Sainz dirigía la de Agricultura y Ganadería; y, por último, la de Jurisprudencia estaba confiada a Jaime Torrubiano Ripoll. Como se ve, estas colecciones nos hablan de cierta articulación institucional, porque evidentemente están dirigidas a un público culto universitario, el mismo público al que va a convocar *Revista de Occidente*. Esto hace necesario una aclaración: podría considerarse que la editorial Calpe (y pronto Espasa-Calpe) conforma –según la distinción de Bourdieu - una empresa de “ciclo de producción largo”⁸, y ciertamente muchas de sus colecciones se articulan en torno a la traducción de nuevos autores, fundamentalmente europeos. Pero también pareciera funcionar el reconocimiento de una demanda instalada: hay un público, que por lo general ha pasado por las aulas universitarias, que se encuentra potencialmente interesado en otras lecturas. Esta percepción estaba articulada también en relación a una expansión a América Latina, donde efectivamente se abría un vasto mercado. Seguramente, a establecer esta percepción hubo de contribuir la propia experiencia de Ortega en la Argentina en 1916⁹.

⁸ -. Cfr. Bourdieu, P.; *Las reglas del arte* (Traducción de Thomas Kauf), Barcelona, Editorial Anagrama, 1995, pp. 214 y ss.

⁹ -. Ortega permaneció aproximadamente seis meses en la Argentina, invitado para dar una conferencias en la Universidad de Buenos Aires por la Institución Cultural Española. En estas conferencias, el joven intelectual español expuso una posición crítica frente al positivismo, sustentado en algunos desarrollos de la fenomenología. Tal como señala Alejandro Korn, esta visita constituyó “todo un acontecimiento” en nuestra vida intelectual; pero también para Ortega: la repercusión en los medios periodísticos, la respuesta positiva de un público amplio (no sólo profesores y alumnos de la universidad, sino también profesionales y mujeres), contribuyó a conformar en Ortega la percepción de que, más allá del atraso en materia filosófica, en América era posible encontrar un público excepcionalmente dispuesto a la novedad. Y esto aparece, por ejemplo, en las

Y el proyecto de *Revista de Occidente* surge en este clima. La posibilidad de editar una revista cuidadosamente impresa, con apenas alguna página de publicidad (dedicadas, en general, a colecciones de libros de Calpe y algunas revistas académicas), de aparición mensual regular, está relacionada con los contactos de Ortega en el mundo editorial, en especial, su amistad con Urgoiti. De hecho, para funcionar, la revista alquila dos habitaciones en la calle Pi y Marshall, en el edificio que Espasa-Calpe estaba construyendo para sus oficinas. Asimismo, Lopez Campillo señala que los fondos necesarios para los primeros números de esta publicación se reunieron por suscripción entre los amigos íntimos de Ortega¹⁰: dado que el pensador español sigue participando activamente en *El Sol*, diario que además anuncia y difunde la aparición tanto de la publicación como, posteriormente, la editorial de *Revista de Occidente*, es evidente que cuenta con el apoyo de Urgoiti. A esto se suma el dato proporcionado por el primer secretario de redacción, Fernando Vela, que alude al hecho de que la mitad de la edición de 3000 ejemplares era comprada por Espasa-Calpe para distribuirla en América Latina. A diferencia de sus pares argentinos –cuyos emprendimientos, por lo general, no contaban con una organización empresarial de sus recursos- Ortega constituye una Sociedad por acciones para financiar la revista y, posteriormente, la editorial. Si bien para empezar el proyecto contaba con un capital modesto (López Campillo consigna 38.000 pesetas), se planteaba ya como una iniciativa destinada a intervenir en el mercado de los bienes simbólicos . Sin duda, esto permitió sostener la continuidad de las voluminosas entregas mensuales, así como mantener algunos rasgos que harían de *Revista de Occidente* un objeto único (el tipo de letra, la tapa, etc.), el

“Palabras a los Suscriptores” del número de *El Espectador* publicado en 1917, inmediatamente después de esa visita. Dice allí Ortega: “EL ESPECTADOR es y tal vez será mejor entendido –mejor sentido- en la Argentina que en España. podrá herir nuestra nacional presunción; pero es el caso que ese pueblo, hijo de España, parece hoy más perpicaz, más curioso, más capaz de emoción que el metropolitano. Tiene, sobre todo, una cualidad que para mi estimación es decisiva: la de distinguir finamente los valores. Podrá aceptar cosas que en rigor no son aceptables: su lujo de vitalidad, su optimismo de abundancia y juventud que le llevan a derramar admiración incluso donde huelga. Pero dentro de lo que atiende y acepta establece una exquisita jerarquía. Ahora bien: ésta es la virtud de la conciencia pública que más puede estimar quien avance por la vida con un corazón honesto y una obra seria y cuidada. Más irritante que no ser notado es ser confundido. Todas las menguas y defectos de la vida española serán incorregibles mientras nos complazcamos en confundir el diestro con el inepto, el noble con el ruin.” (-. Ortega y Gasset, José; “Palabras a los suscriptores”, en *El Espectador*, Madrid, 1917, p. 10). Véase también . Campomar, Marta; “Los viajes de Ortega a la Argentina y la Institución Cultural Española” en J. M. Molinuevo (Coord.); *Ortega y la Argentina*, México, FCE, 1997.

¹⁰ -. Cfr. Lopez Campillo, E.; *La “Revista de Occidente” y la formación de minorías (1923-1936)*, op. cit., p. 55 y ss.

cual podía reconocerse como una fuente apropiada de información “intensiva y jerarquizada”¹¹.

Tratemos ahora de discernir algunas de las líneas que hacen a la configuración de *Revista de Occidente*, enfocados sobre todo en sus primeros años de existencia.

Si bien la iniciativa corrió por cuenta de Ortega y Gasset, difícilmente hubiera podido sostener ese proyecto sin el nutrido grupo de jóvenes críticos y escritores que colaboraron asiduamente en esta publicación. Durante los años en que vamos a centrarnos, los nombres más frecuentes son los de Benjamín Jarnés, Fernando Vela, Antonio Marichalar, Antonio Espina, Corpus Barga, Ramón Gómez de la Serna, Manuel García Morente, Gerardo Diego, Fernández Almagro, E. Giménez Caballero, Guillermo de Torre, Pedro Salinas, Ricardo Baeza, Jorge Guillén, entre otros, sin contar las colaboraciones extranjeras. Esto nos habla de una diversidad de matices y posiciones dentro de cierto marco de coincidencias comunes en torno a la participación en este proyecto cultural.¹²

Ya en el nombre mismo de la revista encontramos plasmadas algunas de las elecciones que habrían de constituir un piso común sobre el cual se sostienen y argumentan muchas de las colaboraciones que acoge la revista, tanto españolas como extranjeras. Según

¹¹-. Este rasgo aparece, además, afirmado en la primera editorial de esta publicación, “Propósitos”. En el mismo momento en que delimita su público, establece la diferencia entre las que serán sus intervenciones y la que es posible hallar en otras fuentes de actualidad: “Los propósitos de la *Revista de Occidente* son bastante sencillos. Existe en España e Hispano-América un número crecido de personas que se complacen en una gozosa y serena contemplación de las ideas y del arte. Asimismo, les interesa recibir de cuando en cuando noticias claras y meditadas de lo que se siente, se hace y se padece en el mundo: ni el relato inerte de los hechos, ni la interpretación superficial y apasionada que el periódico les ofrece, concuerdan con su deseo. (...) Nuestra información tendrá, pues, un carácter intensivo y jerarquizado. No basta que un hecho acontezca o que un libro se publique para que deba hablarse de ellos. La información extensiva sólo sirve para confundir más al espíritu, favoreciendo lo insignificante en detrimento de lo selecto y eficaz. Nuestra Revista reservará su atención para los temas que verdaderamente importan y procurará tratarlos con la amplitud y rigor necesarios para su fecunda asimilación”. (“Propósitos”, RO, año I, núm. I, pp. 2-3).

¹² -. Para una lista ampliada de los colaboradores y una breve historia de la evolución de esta lista, véase Lopez Campillo, Evelyne; *La “Revista de Occidente” y la formación de minorías, 1923-1936*, Madrid, Taurus, 1972, pp. 71-76. Es necesario señalar que, durante los años veinte, tanto *Revista de Occidente* como las publicaciones juveniles argentinas comparten un rasgo común: juntan nombres y textos diversos de autores que durante las décadas del treinta y del cuarenta, impulsados por sus opciones políticas, seguirán caminos muy diferentes. Así, por ejemplo, es posible encontrar juntos en *Revista de Occidente* a Corpus Barga y Giménez Caballero. El primero terminará sus días en el exilio, luego de haber participado activamente en *La hora de España* y en la organización del II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas en 1937; mientras que Giménez Caballero, identificado con el fascismo, buscará conspirar con la esposa de Goebbels para casar a Hitler con una princesa católica, con el objetivo de lograr la reanudación de la estirpe hispano-austriaca. De modo análogo, en *Martín Fierro*, la firma de Ernesto Palacio convive con la de Borges y Girondo. Es decir, tanto *Revista de Occidente* como los diversos emprendimientos de este lado del Atlántico, durante la década del veinte, se consolidaron a partir de la presencia de un arco variado de colaboradores que sería inimaginable encontrar juntos una década más tarde.

un testimonio de Fernando Vela, a la sazón secretario de redacción en la primera hora, el nombre se escogió en una tertulia de la “Granja del Henar” de una lista de quince nombres posibles. ¿Qué resonancias implícitas se encuentran en ese nombre? El título de *Revista de Occidente* alude y responde, programáticamente, a los ecos de la por entonces famosa obra de Spengler, *La decadencia de Occidente*.

Como esta afirmación exige algunas aclaraciones, empecemos por recordar brevemente algunas de las tesis principales sustentadas en ese texto, escrito con un ánimo evidentemente provocador, cuya primera parte es publicada en Alemania en 1918. Allí, tanto la idea de *decadencia* como la de *Occidente* van a ser objetos de una profunda insistencia. La “humanidad” y la “historia universal” dirigida hacia el progreso -a los ojos del autor alemán- no son sino abstracciones, productos de una cultura particular, una entre tantas, la cultura occidental. Por otro lado, las culturas son consideradas como organismos relativamente independientes de los individuos: nacen a partir de la interacción de determinada raza sobre el medio, y confieren una fisonomía particular a todas las producciones humanas radicadas en ella: el hábitat, las prácticas, la religión, la economía, las relaciones entre los sexos, el pensamiento, el arte. Como organismos, las culturas pasan por períodos de juventud, de dinamismo, de madurez y de muerte. La transformación de una cultura en civilización tiene lugar, en esta concepción, cuando -luego de la madurez- se agotan las potencialidades creadoras de formas nuevas en un cultura, y lo único que quedan son posibilidades extensivas. Así, para Spengler, tanto la civilización romana como la contemporánea exhiben claramente síntomas de decadencia: entre ellos, cabe mencionar, el imperialismo, la expansión del dominio técnico y de las grandes urbes. En los intersticios de este diagnóstico, donde las culturas nacen y mueren, y la civilización no es sino el destino inevitable de toda cultura, se ubica el afán de Spengler de “predecir la historia”: el tránsito de la cultura a la civilización ya ha ocurrido en otras culturas, de las cuales conservamos ejemplos que podemos analizar; por lo cual, una mirada despojada de prejuicios -partidistas o morales- estaría en condiciones de discernir, en medio de la crisis del mundo presente, “qué cosas son posibles para el hombre de nuestro tiempo y cuáles debe abstenerse de querer”¹³.

¹³ -. Cfr. Spengler, Oswald; *La decadencia de Occidente*, Barcelona, Editorial Planeta, 1993, tomo I. “Introducción”, pp. 25-84. Resulta particularmente interesante la afirmación de Spengler en torno a uno de los propósitos de este libro, el de orientar a las nuevas generaciones: “Considero esta doctrina como un gran

Desde las páginas de *Revista de Occidente*, en los años a los que nos referimos, van a ser frecuentes las alusiones a la obra de Spengler. En efecto, en 1924 se publica en sus páginas el capítulo “Pueblos y razas” de la segunda parte de *La decadencia de Occidente* – cuya pronta aparición en español se anuncia-, así como también la traducción de algunos artículos del célebre número que la revista *Logos* había dedicado a la discusión de esta obra, pero no se trata tan sólo de esto, dado que la referencia a Spengler aparece a propósito de los más variados temas: ya sea que se aborde la obra de Freud, o bien la novedad del cine, o panoramas de las nuevas perspectivas estético-literarias, o la influencia del clima en la producción de los “profesionales de la literatura”, está presente la cita de Spengler¹⁴. No se trata de que las colaboraciones en general compartan sus concepciones en torno a la idea de “cultura”, ya que ésta va a ser entendida más bien en una clave simmeliana¹⁵: como el conjunto de formas, de normas y de estructuras que surgen de la vida. Desde esta

beneficio a las generaciones venideras, porque les enseñará a discernir entre lo que es posible y, por lo tanto, necesario, y lo que no cuenta entre las posibilidades internas de la época. Estamos desperdiciando enormes cantidades de espíritu y de fuerza en empresas mal orientadas. El europeo occidental, por históricamente que sienta y piense, cuando llega a cierta edad, no tiene conciencia clara de su propia dirección. Tantea, bucea y se desvía si las circunstancias no le son favorables. Pero la labor de los siglos le da por fin ahora la posibilidad de contemplar su vida en relación con toda la cultura, y de averiguar lo que puede y debe hacer. Si bajo la influencia de este libro, algunos hombres de la nueva generación se dedican a la técnica en vez de al lirismo, a la marina en vez de a la pintura, a la política en vez de a la lógica, harán lo que yo deseo, y nada mejor, en efecto, puede deseárseles”. Esa imagen del “joven desorientado”, al que hay que ofrecerle la posibilidad de contemplar su vida en relación a toda la cultura, reaparece también en el perfil de lector que construye *Revista de Occidente* (aun cuando, por cierto, *Revista de Occidente* va a aspirar a orientarlo en una dirección muy diferente a la de Spengler).

¹⁴-. Véase Spengler, Oswald; “Pueblos y razas”, en *RO*, vol. V, núm. XV, sept. 1924, pp. 351-374. El artículo de Eduardo Schwartz, “El sentido histórico de los griegos” (*RO*, vol V, núm. XIII, julio 1924, pp. 43-68) es el primero de los artículos traducidos de la revista *Logos*. Otro de los artículos de esa revista es el de Spangenberg, H.; “Los períodos de la Historia Universal”, *RO*, vol. X, núm. XXIX, nov. 1925, pp. 192-219. Sería muy extenso citar todas las referencias y alusiones a Spengler que aparecen en *Revista de Occidente*, por eso remito tan sólo a algunos ejemplos: Vela, Fernando; “Desde la ribera oscura. (Sobre una estética del cine)” en *RO*, vol. VIII, núm. XXIII, mayo 1925, pp. 202-208; Salaverría, José María; “Meteorología para intelectuales”, *RO*, vol. VII, núm. XIX, enero 1925, pp. 100-109; García Morente, Manuel, “El chiste y su teoría”, *RO*, vol. I, núm. III, sept. 1923, pp. 356-364. El modo cómo funciona la mención a Spengler puede apreciarse, por ejemplo, en uno de los “Arteriscos” donde el Director descata la importancia de uno de los artículos de Worringer ofrecido en ese mismo número: “El espíritu del arte gótico” (*RO*, vol. IV, núm. XI, mayo 1924, p. 257): “Con este título publicamos en el presente número una adaptación de la primera parte del famoso libro de Worringer, *Formprobleme der Gotik*. Esta obra, aparecida en 1911, ha sido una de las más influyentes en el pensamiento estético e histórico de estos años. Puede decirse que cuanto hay de certero y mesurado en el punto de vista de Spengler, está ya en Worringer.”

¹⁵ -. Perspectiva que, por su parte, Ortega había difundido y profundizado en su libro *El tema de nuestro tiempo*. Cfr. Ortega y Gasset, J.; *El tema de nuestro tiempo* en *Obras Completas*, Madrid, Alianza, 1983, véase especialmente el capítulo “Cultura y vida”, pp. 163-168.

perspectiva, la idea de “decadencia” pierde todo sentido¹⁶: las formas de una cultura pueden estar más o menos alejadas de la vitalidad que la engendra, puede efectivamente existir un conflicto entre la cultura objetiva y la cultura subjetiva, pero el cambio no se explica por la “muerte” o el agotamiento de determinadas posibilidades, sino más bien por las variaciones producidas en el suelo vital que da lugar al surgimiento de nuevas formas, nuevas formas que afloran tanto en el campo del arte, del conocimiento, como en el de las prácticas. Y es precisamente el espectro de “lo nuevo” lo que aparece resaltado en *Revista de Occidente*, en una actitud que, por ejemplo, resume Manuel García Morente a la hora de presentar *El tema de nuestro tiempo*:

A los que no quieren convenir en la realidad de la nueva ideología; a los que persisten en los hábitos mentales del pasado siglo, sin advertir su caducidad, su ineficacia, su incongruencia con la sensibilidad actual; a los que no perciben las profundas innovaciones que al mundo del pensamiento aportan la **reciente biología, la reciente historia, la reciente matemática, la reciente física, la reciente poesía y el arte recientes, y hasta la misma política**, a estos debemos aconsejarles que, si su actitud obedece a falta de información, se sirvan tomar conocimiento de los trabajos bastante numerosos en que se revela lo más fino y original del pensar contemporáneo (...).¹⁷

Podríamos decir, entonces, que a la revista le interesa ofrecer un registro de la novedad que se produce en campos diferentes: tanto la etnología, la psicología, la biología, la filosofía como el teatro, la poesía o el relato de ficción tendrán espacio en sus páginas. En este sentido, es evidente que *Revista de Occidente* mezcla, por así decirlo. Ofrece al lector culto, tal como sostenía en sus propósitos, un panorama y un registro amplio de la novedad. De algún modo, esto se sostiene también desde la firme convicción de que es posible –tal como sostenía Spengler– “predecir la historia”, indagar en el presente acerca de

¹⁶ -. Y aún, por ejemplo, cuando Sánchez Rivero usa la oposición entre cultura y civilización, en pos de mostrar que “en nuestras sociedades la sensibilidad dominante tiene tono de civilización mucho más que de cultura”, el tópico de la “decadencia” que pretende asociarse al de “civilización”, no aparece signado por el agotamiento de ciertas posibilidades vitales. Como la caracterización de la “civilización” es abordada desde el conflicto entre los medios y los fines; y éste constituye la matriz de “la vida moderna”; lo que se subraya con la alusión a la “decadencia” no es la extenuación de ciertas posibilidades propias de la modernidad, sino más bien su diferencia con el mundo antiguo. Es así que sostiene: “El problema de los fines, que en las preocupaciones antiguas era lo esencial, resulta desplazado por el ardor en la conquista de los medios, para fines que se dejan vagamente sobreentendidos. El único sentimiento que se cultiva es la exaltación tan típicamente moderna del *record*. La vida moderna está organizada sobre el impulso al *record*, como la clásica y la cristiana a base del ejemplo. Nuestros héroes son *recordmen*; los antiguos eran hombres ejemplares, ya fuesen santos, ya sabios. Y como el *record* es resultado de una tensión siempre más viva al esfuerzo, la única virtud que obtiene acatamiento es el trabajo, sin otra calificación cualitativa que su utilidad”. Lo que encontramos aquí, en realidad, es un uso de términos spenglerianos, a los cuales se les sobreimprime otra matriz de pensamiento, aquella filiada más bien a las reflexiones de Simmel. Véase Sánchez Rivero, A.; “Salvos” en *RO*, tomo IV, núm. IX, mayo 1924, pp. 248-255.

las líneas de un profundo cambio en las maneras de pensar y de sentir, cambios que llevan a la historia a plantearse de modo diferente su objeto, así como a la física, a la matemática, a la etnología y, por supuesto, también en el caso de la literatura y el arte.

Pero si el tópico de la *decadencia* no suscitaba mayores adhesiones entre los colaboradores de la revista, otra muy distinta va a ser la suerte de aquellos elementos que atañen a la representación de *occidente*. Habíamos dicho ya que el autor de *La decadencia de Occidente* presenta a la cultura occidental como una más entre otras, algunas del pasado –la cultura antigua grecorromana, por ejemplo- y otras con las cuales convive en el presente. Y también se preocupa por aclarar que occidente no se identifica con Europa. Tal como dice Spengler: hay una pequeña porción del planeta donde los constructores de esa imagen, de esa cultura, se sienten como en su casa –a la sazón, Europa-, pero ni Europa ha sido siempre Europa, ni toda Europa es *occidente* (de hecho, en la mirada de Spengler, Rusia no participa de la cultura occidental)¹⁸. Si bien antes de la primera guerra, predominaba entre los intelectuales españoles una mirada que más bien veía como problema el alejamiento de España con respecto al resto de Europa¹⁹ (esto es: aquellos

¹⁷ -. Cfr. García Morente, M.; “*El tema de nuestro tiempo* (Filosofía de la perspectiva)” en *RO*, tomo II, núm. V, p. 104, el subrayado es mío.

¹⁸ -. Una interesante nota de Spengler en la introducción de *La decadencia de Occidente* plantea claramente esta cuestión: “Hállase en esto el historiador atenazado por el prejuicio fatal de la geografía –por no decir de la sugestión del mapa- que considera a Europa como una *parte del mundo*, por lo cual el historiador se siente obligado a trazar igualmente un límite *ideal*, que separe a Europa de Asia. La voz “Europa” debiera borrarse de la historia. No existe el tipo histórico de “europeo”. Es locura, en el caso de los helenos, hablar de la “Antigüedad europea” –Homero, Heráclito, Pitágoras, ¿eran, pues, asiáticos?- y de su “misión”, consistente en aproximar culturalmente Asia y Europa. Estas son palabras que provienen de una trivial interpretación del mapa y que no corresponden a ninguna realidad. La palabra “Europa”, con todo el complejo de ideas que han nacido bajo su influencia, es la que ha fundido a Rusia con el Occidente, en nuestra conciencia histórica, formando así una unidad que nada justifica. En este punto, para nuestra cultura de lectores, hecha en los libros, ha tenido una mera abstracción enormes consecuencias reales. En la persona de Pedro el Grande ha falseado, para siglos, la tendencia histórica de una masa primitiva de los pueblos: aún cuando el *instinto* ruso traza el límite entre “Europa” y “la madre Rusia”, mediante una hostilidad que se encarna muy exacta y profundamente en Tolstoi, Aksakov y Dostoyevski. Oriente y Occidente son conceptos de verdadero contenido histórico. “Europa” es un mero sonido que no justifica nada. Todo lo que la antigüedad creó de grande, nació por la negación de un límite continental entre Roma y Chipre, Bizancio y Alejandría. Lo que se llama cultura europea prodújose entre el Vístula, el Adriático y el Guadalquivir. Y aun suponiendo que Grecia, en tiempos de Pericles, “estuviese en Europa”, ya hoy no lo está”. Spengler, O.; *La decadencia de Occidente*, op. cit., p. 42.

¹⁹ -. Había cierto consenso en el reconocimiento de que España había quedado aislada de las corrientes centrales de la vida europea a partir de la modernidad, tal como muestra Cerezo Galán al interpretar la confrontación entre Ortega y Unamuno como un enfrentamiento entre diversas propuestas que, una vez aceptado este diagnóstico, se conciben como “remedios” o soluciones para la situación de España. Desde nuestra perspectiva, resulta particularmente interesante su análisis porque exhibe cómo se percibía la distancia de España con respecto a Europa. Véase Cerezo Galán, Pedro; *La voluntad de aventura*, pp. 92-98. Ahora, si por esos años, “España es el problema y Europa es la solución” –recordemos el proyecto de la revista *Europa*

países de Europa que aparecían como emblemas de la civilización y el progreso: Francia, Inglaterra y Alemania); después de aquel gran acontecimiento, más que la discusión en torno a la “decadencia” de esa civilización -en la cual, por cierto, hasta hace no mucho se lamentaba que España no estuviera incluida-, interesaban las posibilidades implícitas en la imagen de Occidente. Porque, en efecto, España podía o no ser parte de Europa, pero indudablemente tanto su historia y su tradición cultural, como los nuevos movimientos que estaban surgiendo en poesía, en literatura y en pintura, hablaban de su legítima pertenencia a la *cultura occidental*. Y es así que la operación que intenta *Revista de Occidente*, al nombrarse de esa manera y al traer a sus páginas “la colaboración de todos los hombres de Occidente cuya palabra ejemplar signifique una pulsación interesante del alma contemporánea”, es la de construir un *mapa*, un mapa que permita orientar al lector culto en torno a las diferentes aportes que constituyen “lo nuevo” en la cultura occidental, pero también un mapa que vaga por diferentes “regiones” de esa cultura (por diferentes saberes, por diferentes países, por diferentes movimientos estéticos y literarios), delimitando lugares, colocaciones y nombres. Es así, por ejemplo, que las colaboraciones extranjeras son generalmente presentadas, ya sea en la sección de asteriscos o mediante un breve acápite, en el cual se menciona la proveniencia del autor, a veces el título de sus obras más importantes, el lugar en que se desempeña, y una referencia que aclara de dónde fue tomado el artículo en cuestión y por qué la revista considero pertinente su publicación²⁰.

que Ortega dirige durante 1910-, ciertamente habría de parecer tal por muy poco tiempo: en 1915, desde las páginas de *España*, en un artículo que nadie duda en atribuir a Ortega, se proclama lo aterrador de un panorama en el cual “la línea toda del horizonte europeo arde en un incendio fabuloso”. (Véase Menéndez Alzamora, Manuel; “*Vieja y nueva política*. El semanario *España* en el nacimiento de la generación del 14” en López de la Vieja, Ma. Teresa; *Política y Sociedad en Ortega y Gasset. En torno a “Nueva y Vieja Política”*, Barcelona, Antrophos, 1997, pp. 185-193). En este sentido, la representación de Occidente –afirmada después de la guerra- ofrece una imagen que convoca a pensar un espacio, más amplio que el de aquella Europa que había sido arrasada –material y simbólicamente- por la guerra.

²⁰ -. Es necesario destacar que estas “presentaciones” se deslizan con frecuencia a lo largo de los sucesivos números de la revista. Es posible ver allí –siguiendo las sugerencias metodológicas planteadas por Roger Chartier- cómo, a partir de una representación previa de la lectura, se activan estrategias de control y de seducción del lector (Véase al respecto Chartier, R.; *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, trad. Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa, 1992). Por ejemplo, el acápite correspondiente al artículo “El sistema de Federico Nietzsche” de Alejandro Pfänder, señala lo siguiente: “El 15 de Octubre cumple el 80º aniversario del nacimiento de Federico Nietzsche. Nos ha parecido la mejor manera de asociarnos a la conmemoración que le dedica el mundo filosófico publicar el siguiente estudio de Alejandro Pfänder, insuperable modelo de diafinidad expositiva. El sistema de ideas de Nietzsche es más riguroso y trabajado de lo que cree la opinión común; Nietzsche escribía en aforismos, mas no pensaba en aforismos. De la fragmentación e irregularidad de su obra proceden las interpretaciones erróneas e incompletas. Alejandro Pfänder, profesor de filosofía en la Universidad de Munich, ha sabido destacar en su mayor pureza y sencillez las ideas fundamentales y armar y reconstruir la arquitectura evidente del sistema en

Relacionado con la construcción de este “mapa”, aparece también de manera relevante el tópico del “viaje”, que insiste una y otra vez de diversas maneras. Podríamos decir que no se trata solo de la recurrencia de este motivo en los cuentos o relatos publicados por la revista, en donde efectivamente el tema de la espera del viaje, del viaje realizado, del viaje frustrado o la aventura imposible aparece una y otra vez²¹; sino también de “viajes” que de alguna forma la revista propone cuando, por ejemplo, indaga sobre las nuevas formas del teatro ruso, o bien pretende dar cuenta sobre el surgimiento de nuevas revistas de poesía en los Estados Unidos, o bien reflexiona sobre las relaciones entre Oriente y Occidente a propósito de libros como *El problema de la China* de Bertrand Russell o *Betes, Hommes et Dieux*, el relato de aventuras de un viajero polaco en su travesía de Siberia a China. La editorial, por su parte, acompaña este movimiento, organizando una colección titulada “Musas lejanas”, donde publica textos como *El decamerón negro*, *Cantos y cuentos del antiguo Egipto*, *Cuentos populares de China*, *Cuentos y leyendas de la vieja Rusia*; que también aparecen, de una u otra manera, en las páginas de la revista –ya sea bajo la forma de fragmentos en los que se adelanta al lector la aparición del libro, o de notas bibliográficas-.

De algún modo, podríamos decir, estos “viajes” que la revista propone se justifican desde el intento de mostrar las regiones remotas de la cultura occidental, subrayar en ese mapa que se está construyendo las zonas alejadas del prestigioso centro de esa cultura y,

su gradual desarrollo y último perfeccionamiento”. (*RO*, vol. VI, núm. XVI, pp. 88 y ss.). Particularmente, en esta cita, se visualizan dos objetivos que con frecuencia cumplen esas “presentaciones”: por un lado, orientar y controlar la lectura; por otro, exhibir una importante red de contactos culturales y académicos que también aseguran el prestigio de esta publicación. En relación a ello, otro de los innumerables ejemplos es aquel que remite a uno de los pocos acápite firmados por Ortega, el del artículo “Marcelo Proust” del crítico francés Benjamín Crémieux: “La obra de Proust ha sido el hecho literario de mayor trascendencia en este último tiempo. (...) Yo creo que para todo buen aficionado a las letras es hoy el análisis de la obra de Proust uno de los temas más sugestivos, en que conviene insistir una y otra vez. Benjamín Crémieux, uno de los escritores franceses más capaces de pensar, me envía el siguiente estudio sobre el gran creador. Este ensayo, hasta ahora inédito, es, a mi juicio, lo mejor que se ha compuesto sobre los libros deliciosamente tupidos de Marcelo Proust. Crémieux combate algunas de las fórmulas que yo insinué hace dos años en el *Homenaje de la Nouvelle Revue Française*. En un trabajo más completo que pronto daré a la luz espero sostenerme frente al arma fina del crítico francés”. (*RO*, vol. V, núm. XIV, agosto 1924, pp. 191 y ss.). En ese artículo, Crémieux no menciona ni cita explícitamente a Ortega, pero en el acápite el pensador español se preocupa no sólo por marcar a su público un autor que merece atención, sino que también se dedica a exhibir sus contactos con el crítico francés y a señalar que ese artículo expositivo incluye una polémica con él –cuestión que, seguramente, sus lectores difícilmente hubieran deducido de la lectura del artículo-.

²¹ -. Cfr. López Campillo, E.; *La “Revista de Occidente” y la formación de minorías, 1923-1936*, op. cit., p. 173.

también recoger aportes que pueden ilustrar acerca de aquello que constituye la alteridad de esa cultura occidental: Rusia, Africa, Oriente, etc.

Frente a estas zonas poco conocidas y lejanas, predomina una actitud de apertura e inclusión, censurando el “egocentrismo” de Europa durante el siglo XIX²². Distinta y más variada suele ser las miradas que se deslizan hacia las tendencias intelectuales situadas en el corazón de la cultura occidental, al interior de Europa. Si bien es sabido que, en gran parte debido a las propias conexiones de Ortega, las colaboraciones alemanas en diversos campos –como el de la filosofía, de la historia y de la psicología- van a ser particularmente bien recibidas en la revista, me gustaría centrarme aquí en el espacio que la revista dedica la reflexión sobre nuevos movimientos literarios y estéticos. En este punto, es muy notoria la atención que concede, particularmente en las notas bibliográficas, a la producción francesa. La cantidad de reseñas, comentarios, menciones que aparecen en torno a escritores y críticos franceses –como Proust, Gide, Cocteau, Morand, Bretón, Maurrás, Barrés, Valery Larbaud, Paul Valery, Ivan Goll, Paul Bourget, Delteil, así como también referencias a Rimbaud, Mallarmé y Baudelaire, entre otros- sugiere que el campo literario francés ocupa, en la mirada de *Revista de Occidente*, el lugar de un *centro*, centro que ejerce una poderosa fascinación por un lado, y, por otro, también es objeto de disputas y polémicas.

Esa fascinación sólo es reconocida expresamente en algunos momentos, por ejemplo, con ocasión de celebrar la revista un “Homenaje a Mallarmé” en el semicincuentenario de su muerte. En la presentación de este homenaje, encontramos una referencia al “poderoso influjo” de Mallarmé, que se ha sentido –afirman- “sobre todas las literaturas”:

No digamos en Francia, donde los mejores poetas no han rebasado todavía el límite de ese vuelo, sino en Alemania, principalmente sobre Stephan George y sus seguidores; en Inglaterra, como justa reciprocidad; en España también, en el movimiento literario de principios de siglo y su continuación, y en todas partes, en suma.²³

²² -. Tal como, por ejemplo, aparece en el artículo de León Frobenius “La cultura de la Atlántida” (*RO*, tomo I, núm. III, sept. 1923, pp. 289-318): “El egocentrismo llega a su punto culminante en el siglo XIX. La guerra mundial ha manifestado al fin la impotencia de esta posición para una crítica objetiva; el último período ha demostrado que nuestra concepción de la historia y de la raza, nuestra manera de entender las relaciones entre el hombre y la cultura, entre la cultura y el espacio, han sido falsas y engañosas. Las grandes desazones de una época que todo lo ha pulverizado y aventado fueron necesarias para sacar al hombre del letargo del siglo XIX y abrirle los ojos a la gran realidad, la realidad que se oculta tras los hechos históricos y visibles. Los grandes acontecimientos últimos, al recorrer el gran velo, han orientado la mirada hacia los países lejanos y extraños, y con admiración hemos comprendido que durante un siglo nuestros ojos, fijos en el vacío, no habían sabido percibir el brillo de la magnificencia”.

²³ -. “El silencio por Mallarmé. Encuesta sin trascendencia” en *RO*, tomo II, núm. V, nov. 1923, p. 239.

Podría considerarse que se trata sólo de una alusión de circunstancia, debida al homenaje, pero resulta llamativo que, desde las páginas de la revista, no vuelva a retomarse la mención de Stephan George, y que incluso autores como Joyce, Poe o Walt Whitman sean considerados a partir de las lecturas –y la consiguiente consagración- que reciben de sus pares franceses²⁴.

Pero si el campo literario francés, a partir de la frecuente consideración de sus poetas, de sus novelistas y de sus críticos, va a ser recibir una colocación central; la atracción que ejerce este centro no va a ser tramitada pacíficamente, ya que lejos de la actitud reverencial, en las notas y reseñas de la revista es frecuente encontrar un tono polémico, a veces irónico, a veces agresivo, incluso mordaz –como, por ejemplo, cuando se afirma que el número 2,50 en la portada de una revista dadaísta puede ser tanto una alusión al precio de la revista como uno más de los poemas-, tono que aspira a desacralizar ese centro, a cuestionar a sus escritores consagrados y construir a partir de ellos algunos interrogantes. Y, en efecto, se vuelve la mirada a Francia para tratar de discernir **cuál ha de ser el fundamento de lo nuevo**²⁵ en un panorama que se percibe signado por esa búsqueda.

²⁴ - De hecho, cuando Antonio Marichalar abre uno de los números de la revista con un trabajo titulado: “James Joyce en su laberinto” (*RO*, tomo VI, núm. XVII, nov. 1924, pp. 177-202), el acapite del artículo es una cita de un escritor francés, J. Giraudoux: “ -¿La muerte? No tiene interés. Lo que en estos momentos intriga a París no es la Muerte, ciertamente: es el monólogo interior. -¿No ha oído hablar de Joyce?”.

²⁵ - Esta pregunta aparece formulada expresamente en estos términos en una nota bibliográfica que Antonio Espina dedica al libro de José Bergamin, *El Cohete y la Estrella* (En *RO*, tomo III, núm. VII, enero 1924). Espina se va a referir a Bergamin como “un escritor de talento, *pero* joven y moderno. Moderno hasta la incoordinación. Joven hasta la arbitrariedad”. Esta presentación va precedida de algunas opiniones acerca de las líneas que atraviesan “el pensamiento literario actual”, donde el rechazo hacia formas anteriores genera un consenso unánime acerca de lo que ya no puede hacerse en literatura, pero pocas certezas en torno a las nuevas formas que han de reemplazar a las anteriores. Esto aparece subrayado por Antonio Marichalar en una nota titulada “Síntomas” (en *RO*, tomo V, núm. XV, sept. 1924, pp. 394-398), donde luego de señalar que “una implacable nevada ha borrado los pasos y los caminos”, no resiste la tentación de confirmar este análisis, preguntándose: “¿Qué vemos si miramos a Francia, por ejemplo?”. Y este mismo diagnóstico, que habla sobre cambios en los valores y en las formas de practicar la literatura, donde el precepto de Remy de Gourmont de “lograr lo nuevo a toda costa” prolifera como lema en las “flamantes escuelas, agrupaciones, especies de cooperativas líricas destinadas a la precaria suerte de la infantil etiqueta con que se pretende destacarlas”, aparece en la nota crítica que Espina dedica a *Les cinq Continents. Anthologie mondiale de poesie contemporaine* de Ivan Goll (en *RO*, tomo I, núm. 2, agosto 1923, pp. 247-251). Allí, el autor discute tanto “el mapamundi literario” que arma Ivan Goll en esa antología, como el optimismo que domina en esa empresa. Espina lee cierta ingenuidad en ese optimismo de Goll, y resalta –por el contrario- la imagen de desorientación y confusión que predomina en el escritor contemporáneo ante lo que considera como “la apertura de un nuevo ciclo histórico”, destinado a generar profundas mutaciones de formas y valores. Por otro lado, el mapa que arma Ivan Goll le parece “muy incompleto”, en parte por la escasa atención que Goll concede al llamado “subgrupo español”. Pero esta crítica, a juicio de Espina, exige algunas precisiones, tal como agrega el autor: “Paul Fierens, en la *Nouvelle Revue Francaise*, protesta de la parcialidad de Ivan Goll a

Parte de esta polémica consiste en mostrar que si bien los escritores franceses han conseguido un público, ello no implica el haber logrado llegar al final de esa búsqueda, ni quizás tampoco producir sus mejores frutos. De ahí, la crítica al surrealismo –al que consideran como una más de “las escuelas extremistas”, cuyo procedimiento consiste en destacar tan sólo uno de los elementos que hacen a la creación de una obra de arte²⁶-, de ahí las objeciones presentadas a dos figuras ampliamente reconocidas y canonizadas como Marcel Proust y Andre Gide²⁷; y de ahí también el empeño en atacar y descalificar cada una de las novelas que publican “autores de moda” como Paul Morand y Jean Cocteau. Por otro lado, predomina también la convicción –tal como advierte Gerardo Diego a Ramón de Basterra- de que “no podemos renunciar a una sola de las conquistas de expresión que lograron sucesivamente románticos, simbolistas y los diversos futurismos del ayer inmediato”²⁸. Precisamente, sumarse a esas conquistas, tomarlas como parte de una tradición propia que es necesario superar, es un paso necesario si se quiere inscribir a España en la constelación de “lo nuevo”, esto es, mostrar que España no está ya en un lugar demasiado alejado del corazón o del centro de la cultura occidental.

En relación a esa *mapa*, cabe también preguntarse cómo aparece el lugar de América, o más bien de la América Hispana, porque si la producción portuguesa-brasileña está ausente del territorio explorado por la revista, Estados Unidos es más bien una tierra

favor de los poetas no europeos; protesta justa si Paul Fierens no considerase como europeos únicamente a los franceses”. Retomando la observación sobre Bergamín, podemos decir que un escritor español, en tanto “joven y moderno”, aparece en la constelación de problemas que recorren el “pensamiento literario actual”, que está eminentemente referido a las nuevas tendencias que dominan en la literatura francesa. Por otro lado, es respecto a ese *centro* que se establece la polémica, es a ese *centro* al que frecuentemente se reprochan diagnósticos y posiciones triviales, así como el no tomar en cuenta o no considerar con suficiente atención la producción de sus vecinos españoles. Véase, por ejemplo, la nota del mismo Espina, sobre la *Enquête sur les maîtres de la jeune littérature* de Pierre Varillon y Henri Rambaud (en *RO*, tomo III, núm. IX, marzo 1924, pp. 387-390). Comentando las respuestas, dice entre paréntesis: “También hablan (los novelistas) de algunos maestros extranjeros: de los rusos Tolstoy, Turgueneff, Dostoyewsky; de los ingleses Sterne, Butler y Meredith. Y ya es bastante. Ya sabemos que a los franceses no suele influirles más que los franceses, y eso sólo, por lo visto, en la novela. En los demás géneros literarios, el extranjero es siempre China, y no se alude.” En esta misma línea, encontramos el interés puesto en las miradas sobre España: en la reseña que Guillermo de Torre dedica a *Les cinq sens* de Joseph Delteil, el autor alaba “el gusto moderno del vasto mundo” que anima a Delteil a penetrar en “horizontes extranjeros” y traduce en una nota un párrafo donde el francés realiza una encantadora recreación literaria de España: “España, tierra de fuego y con piel de toro...” (Véase *RO*, tomo VI, núm. XVII, nov. 1924, pp. 299-304).

²⁶ -. Cfr. Vela, Fernando; “El suprarrealismo” en *RO*, tomo VI, núm. XVIII, dic. 1924, pp. 428-434.

²⁷ -. Cfr. Marichalar, Antonio; “Mutaciones”, en *RO*, tomo VII, núm. XXI, marzo 1925, pp. 366-372.

²⁸ -. Cfr. Diego, Gerardo; “Poetas del norte: Miguel de Unamuno, José del Río Saenz, Ramón de Basterra”, en *RO*, tomo II, núm. IV, oct. 1923, pp. 128-132.

exótica, situada en los confines de lo que constituye la cultura occidental²⁹. Por lo demás, ya desde sus primeras páginas la revista se plantea dirigida al público hispanoamericano, con lo cual las colaboraciones y notas bibliográficas correspondientes a las obras de estos autores, desde la óptica de *Revista de Occidente*, comparten un espacio común. Es decir, de una u otra manera, son parte del universo de la producción en lengua española. Y de hecho, ni Borges ni Gironde son “presentados”, cortesía que en general la revista reserva para sus colaboradores *extranjeros*. Y si en ocasiones, una reseña vale como “presentación” de un autor, en ninguna resalta tanto aquel clima de familia que planea sobre la nota francamente consagratoria que Ramón Gómez de la Serna dedica a *Fervor de Buenos Aires*, donde llega a la figura del “gran poeta” hablándonos de un Jorge Luis niño que se esconde tras las cortinas³⁰. Es necesario anotar que, esta afirmación de un ámbito hispanoamericano –como veremos tan fuertemente, impugnado desde las páginas de *Martín Fierro*– también podía ser leída en aquellas colaboraciones que Borges y Gironde envían a *Revista de Occidente*:

“Menoscabo y grandeza de Quevedo”, por un lado; y los poemas “Escorial” y “Juerga”, por el otro, dedicados respectivamente a D. José Ortega y Gasset y D. Eugenio D’Ors. No era descabellado leer allí el interés de dos jóvenes escritores de América frente a la tradición y al paisaje español³¹.

²⁹ -. Así aparece, por ejemplo, en el relato de Corpus Barga, “Viaje Occidental” en *RO*, tomo I, núm. II, agosto 1923, pp. 202-210: “Fue la colonización británica la que extinguió las Indias en América e hizo el Extremo Occidente. No es culpa de nuestra fantasía si tenemos de él una visión cinematográfica”. En general, hacia EEUU predomina una mirada irónica, como la que sostiene Diéz-Canedo, quien a la hora de presentar algunas revistas norteamericanas de poesía, mostrando la importancia y la calidad de las mismas, sin embargo no puede evitar iniciar su nota refiriendo a un comentario de Juan Ramón Jiménez: “Creí siempre que en Nueva York pudiera no haber poetas. Lo que no sospechaba es que hubiese tantos poetas malos...”. Más adelante, agrega el autor: “Conste, pues, que si en Nueva York florece la poesía –y en todos los U.S- de manera exuberante no es por culpa de Juan Ramón Jiménez, el cual se propuso, nueve años ha, limpiar un poco de malezas el terreno. Pero Alá es más sabio, como dicen *Las mil y una noches*” (véase E. Diéz-Canedo, “El país donde florece la poesía: USA”, op. cit.). Una excepción constituye la consideración de la obra de Waldo Frank, cuya reflexión en los libros de *Nuestra América* y *Salvos* es puesta en la misma línea de aquellas que Ortega realiza en *El tema de nuestro tiempo*. Sin embargo, no parece que fuera ajeno al reconocimiento de esta figura el hecho de que Frank hubiera visitado España, con el propósito de “tomar contacto con los españoles (...), buscando el puente que lo llevase a la intimidad con sus hermanos de la América Española”. (Sánchez Rivero, A.; “Salvos”, op. cit.)

³⁰ -. Gómez de la Serna, R.; “Jorge Luis Borges: *El fervor de Buenos Aires*” en *RO*, tomo IV, núm. X, abril 1924, pp. 123-127.

³¹ -. Véase Borges, J. L.; “Menoscabo y grandeza de Quevedo” en *RO*, tomo VI, núm. XVII, nov. 1924, pp. 249-255; y Gironde, O.; “Escorial” y “Juerga”, en *RO*, tomo VII, núm. XIX, pp. 28-32.

A grandes rasgos, estas son las líneas y mapas que atraviesan *Revista de Occidente*, cabe preguntarnos ahora cómo aparecen en la reflexión de los jóvenes de la “nueva generación”, o por lo menos de aquel grupo que insiste en adjudicarse esta nominación, y que nosotros vamos a encontrar principalmente en revistas como *Martín Fierro*, *Inicial*, *Proa*, *Valoraciones*, *Sagitario*, sin por ello suponer que esta acotación es exhaustiva o agota todo el campo de los emprendimientos juveniles llevados a cabo en los veinte.

Destaquemos que la fórmula misma en la cual la novedad aparece tramitada en una clave generacional había sido puesta en circulación por Ortega, quien consideraba además que los “síntomas” decisivos que definen una época no debían ubicarse tanto en el plano de las transformaciones industriales o políticas, sino más bien en el de “las ideas, de las preferencias morales o estéticas”, ideas que –a los ojos del intelectual español- surgen de una “sensación radical ante la vida”, a la que denomina “sensibilidad vital”. De aquí en más, dos tesis orteguianas van a resultar particularmente sugerentes para los jóvenes embarcados, de una u otra forma, en la empresa de “renovación de la cultura”: la idea de que “las variaciones de la sensibilidad vital sólo son decisivas en la historia bajo la forma de generación”, ya que es esta forma la que permite sostener cierta unidad y continuidad entre los héroes o individualidades energicas y las masas; y el diagnóstico, ampliamente subrayado desde *Revista de Occidente*, que afirma: “en nuestro tiempo la sensibilidad occidental hace un viraje, cuando menos de un cuadrante”³². Estos tópicos aparecen retomados en nuestro medio, una y otra vez, en casi todos los manifiestos de esos años. Así, por ejemplo, en *Martín Fierro* encontramos el llamado a definirse dirigido “a todos los que se sientan capaces de percibir que nos hallamos en presencia de una NUEVA sensibilidad y de una NUEVA comprensión”; en *Sagitario*, el joven efebo desnudo que se acerca a la mesa de los prohombres para gritar que ya no tienen nada que decir, nace “en la solidaridad con su pueblo” y tiende en su primer impulso “a consagrar la cultura a la vida y no la vida a la cultura”; e *Inicial*, ya desde su propio título se plantea como “Revista de la nueva generación”³³. Ciertamente, para esos años, Ortega ya era un joven pensador conocido en la Argentina: el éxito de sus conferencias en 1916, la difusión de sus obras y de los

³² -. Véase, Ortega y Gasset, J.; *El tema de nuestro tiempo*, op. cit., p. 152.

³³ -. Cfr. “Manifiesto de *Martín Fierro*”, *Martín Fierro*, Buenos Aires, año I, núm. 4, 15 de mayo 1924, en *Revista Martín Fierro 924-1927. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, p. 25; “Las

volúmenes de *El Espectador*, sus colaboraciones en el diario *La Nación*, así como los libros editados en la colección de “Ideas fundamentales del siglo XX” habían contribuido a dotar de su nombre de un considerable prestigio en nuestro medio. De todos modos, seguramente podría estimarse que, entre los jóvenes intelectuales, la más leída, citada y aludida de sus intervenciones va a ser *El tema de nuestro tiempo*, porque es el texto donde el intelectual español organiza una serie de tópicos que estos jóvenes podían utilizar para legitimar la ruptura que aspiraban a provocar³⁴. En este contexto, no era difícil leer *Revista de Occidente* en continuidad con el planteo que su director realizara algunos meses antes en *El tema de nuestro tiempo*, más aún cuando esa información intensiva y jerarquizada en torno a la novedad del presente venía además avalada por la presencia de firmas extranjeras con reconocidas credenciales en el campo académico y cultural europeo.

Es necesario señalar, sin embargo, que en la amplia circulación de *Revista de Occidente* jugaron otros factores, como son aquellos relacionados con las prácticas y los ámbitos de sociabilidad de los jóvenes intelectuales argentinos por esos años. Si bien algunos de estos jóvenes permanecen ligados a la Universidad –sobre todo, en el ámbito platense-, tal como aparece en los comentarios y en las fotos de las diversas publicaciones, las reuniones se articulaban en torno a cenáculos literarios que con frecuencia sostenían sus discusiones en cafés y banquetes varios. Esto no quiere indicar que se tratara en particular de una bohemia alocada o descontrolada, pero sí afecta a construir una red de conocimiento

flechas del Carcax”, *Sagitario*, La Plata, año I, núm. I, mayo-junio 1925, pp. 3-9; “Inicial”, *Inicial. Revista de la nueva generación*, Buenos Aires, año I, núm. 1, oct. 1923, pp. 4-6.

³⁴ -. Teniendo en cuenta que esta no es tal vez la obra más conocida de Ortega en la actualidad, me parece importante transcribir un extenso párrafo a fin de que el lector pueda apreciar qué tipo de estímulo ofrecía para estos jóvenes la caracterización del presente que realiza allí el filósofo español: “Ahora bien: el pensamiento de una época puede adoptar ante lo que ha sido pensado en otras épocas dos actitudes contrapuestas – especialmente respecto al pasado inmediato, que es siempre el más eficiente, y lleva en sí infartado, encapsulado, todo el pretérito. Hay, en efecto, épocas en las cuales el pensamiento se considera a sí mismo como desarrollo de ideas germinadas anteriormente, y épocas que sienten el inmediato pasado como algo que es urgente reformar desde su raíz. Aquéllas son épocas de filosofía pacífica; éstas son épocas de filosofía beligerante, que aspira a destruir el pasado mediante su radical superación. Nuestra época es de este último tipo, si se entiende por “nuestra época” no la que acaba ahora, sino lo que ahora empieza. Cuando el pensamiento se ve forzado a adoptar una actitud beligerante contra el pasado inmediato, la colectividad intelectual queda escindida en dos grupos. De un lado, la gran masa mayoritaria de los que insisten en la ideología establecida; de otro, una escasa minoría de corazones de vanguardia, de almas alerta, que vislumbran a lo lejos zonas de piel aún intacta. Esta minoría vive condenada a no ser bien entendida: los gestos que en ella provoca la visión de nuevos paisajes no pueden ser rectamente interpretados por la masa de retaguardia que avanza a su zaga y aún no ha llegado a la altitud desde la cual la *terra incognita* se otea. De aquí que la minoría de avanzada viva en una situación de peligro entre el nuevo territorio que ha de conquistar y el vulgo retardatario que hostiliza a su espalda. Mientras edifica lo nuevo, tiene que defenderse de lo viejo, manejando a un tiempo, como los reconstructores de Jerusalén, la azada y el asta” (*Ibidem*, pp. 145-146).

e intercambio en ámbitos informales, tal como por ejemplo recuerda Julio Irazusta en sus Memorias:

“En el Royal Keller era donde todos los jóvenes nos encontrábamos con más frecuencia, como un campo neutral. Allí íbamos escritores, pintores, escultores, y trasnochadores de toda denominación. Ernesto Palacio, Conrado Nale Roxlo, Pablo Suero, Carlos Muñoz (el futuro Carlos de la Púa), Pedro Herreros, y tantísimos otros que no puedo recordar de improviso, llenábamos el local con nuestras discusiones, poniendo en solfa las cosas serias y filosofando sobre las ridículas, como les es habitual a los jóvenes”.³⁵

En relación a esto, vale la pena recordar la observación con la que el mismo Irazusta cierra ese maravilloso período de sus memorias: “esa vida no era la más apropiada para la prosecución de estudios regulares”. En efecto, más allá del caso puntual de Irazusta –que termina abandonando sus estudios de derecho y dedicándose, por esos años, a la crítica literaria-, pareciera que esos hábitos de sociabilidad, si bien enormemente productivos en muchos casos, no propiciaban la formación sistemática en una disciplina académica ni el estudio sistemático de las nuevas corrientes de ideas que estaban consolidándose en el campo de la filosofía, de la historia, de la antropología, etc. Sin embargo, con frecuencia, el discurso de estos jóvenes pretende sostenerse en la posesión de estos saberes. Podríamos preguntarnos por qué.

Y en relación a ello, en primer lugar, cabe señalar que esa ruptura generacional va a ser filiada a un gran acontecimiento, cuya representación evocaba la caída de viejos paradigmas. Así aparece, por ejemplo, en el Manifiesto de la Revista *Proa*, al inicio de su segunda época en 1924:

"Fue la guerra la que hizo posible la liberación. Empezó por conmover nuestros nervios, después provocó terribles apasionamientos y por último llegó a las esferas del espíritu oficiando de escalpelo bajo cuyo tajo seguro quedaban al descubierto los más complicados problemas de la cultura. Era tal el estridor de la hecatombe, que todos, viejos y jóvenes, vivimos durante cuatro años polarizados y absorbidos por ella; haciendo posible por primera vez en este país que una generación se formara al margen del mecanismo tutelar y de su ambiente. Pasada la tragedia fue imposible volver a tomar el ritmo perdido y el primer fruto del alumbramiento fue la reforma universitaria. Ella conmovió los viejos sillares y acabó de quebrantar las falsas disciplinas. Luego vino el florecimiento de los jóvenes que fatigaban la imaginación en buscas venturosas. Y vieron la luz cenáculos y revistas cuya fuerza plétórica rompió en la impaciencia, con incomprensiones y con odios"³⁶.

³⁵ -. Irazusta, Julio; *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975, p. 69. Véase también el poema de Héctor Castillo “Elegía del Aue’s Keller”, publicado en *Martín Fierro*, Buenos Aires, Año I, núm. 4-5 (*Revista Martín Fierro...*, op. cit., p. 33).

³⁶-. *Proa*, año I, núm. 1, Buenos Aires, agosto 1924, p. 3. Véase también el final de la primera editorial de *Inicial*: “La guerra ha sido fructífera, ha removido como un torbellino, todas las inquietudes que dormitaban, latentes, en el fondo de la conciencia universal. Los héroes vendrán. Mientras tanto, que la juventud alimente su fe y su optimismo en la voluntad nietzscheana de obrar y de querer” (“Inicial” en *Inicial*, Buenos Aires, Año I, núm. 1, octubre de 1923, pp. 4-6).

Este cuadro inscribe en una línea de continuidad la gran guerra, la Reforma Universitaria de 1918 y los nuevos emprendimientos en el campo intelectual. Si justamente la Reforma en muchos casos es visualizada como un primer momento de emergencia y de visibilidad de esta “nueva generación”, se percibe la necesidad cada vez más acuciante de superar los discursos apologéticos de huelgas pasadas para afirmar esa nueva posición en formas y contenidos que hacen a la “fantasía y el pensamiento de los hombres actuales”, muy diversos de “aquellos que veían en la novela experimental la más completa manifestación del arte, y en la espesa filosofía positivista la totalidad del espíritu humano”³⁷.

La necesidad de legitimar una nueva posición surge también conectada con una de las críticas más frecuentes que estos jóvenes van a realizar contra sus mayores: la falta de profesionalización de esa generación, que por ejemplo determina –a los ojos de estos jóvenes- el “indigente estado de la crítica literaria”, en un medio donde se considera que han prevalecido la “ligera labor periodística” y “la página circunstancial inspirada por afectos personales”.³⁸

En función, como diría Bourdieu, de producir *esa diferencia* respecto a las formas, a los contenidos, y a los modelos de discusión e intercambio que hasta entonces habían predominado en el campo intelectual, podría decirse que estos jóvenes necesitaban aquello que ofrecía *Revista de Occidente*: información intensiva y jerarquizada sobre los más diversos temas, avalada por prestigiosas firmas extranjeras, empeñada en ofrecer las claves de un tiempo al que se define como nuevo, aún cuando esto –como veremos- no excluye un acercamiento exento de impugnaciones y enfrentamientos frente a los *mapas* que construye *Revista de Occidente*.

³⁷ -. Véase “Intenciones”, en *Valoraciones*, La Plata, año I, núm. 1, sept. 1923, pp. 3-5.

³⁸ -. Cfr. Ripa Alberdi, Héctor; “Julio Noé: *Nuestra literatura*” en *Valoraciones*, La Plata, vol. I, núm. 1, sept. 1923, pp. 40-43. En un párrafo más adelante, el autor insiste sobre la posesión de saberes específicos que requiere el ejercicio de la crítica: “No basta haber leído libros de versos para hacer crítica sobre poesía, ni con leer novelas se es crítico de novelas. Se confunde a menudo la visión impresionista de una obra, para lo cual no se requiere más que un poco de soltura en la mano, con la crítica en sí, que exige un conocimiento amplio de todos los valores estéticos para desentrañar con criterio firme el oro de buena ley”. En relación a esto, véase también Sarlo, Beatriz; *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930*, op. cit., pp. 97 y ss. Allí la autora muestra que, efectivamente, el “indigente estado de nuestra crítica literaria” no era un diagnóstico descabellado, a juzgar –por ejemplo- por las bibliográficas y comentarios de arte del diario *La Nación* donde podemos encontrar más bien la ausencia de un discurso crítico.

Ciertamente, sabemos que estos jóvenes no sólo aludían con frecuencia a las mismas fórmulas y brindaban juntos en los banquetes, sino que además participaban en diversos proyectos a través de sus colaboraciones. En efecto, recorriendo estas revistas, vemos como los nombres se repiten, y es posible encontrar a Brandan Caraffa tanto en *Proa* como en *Inicial*, donde también hallamos el nombre de Borges o a Carlos Sánchez Viamonte, uno de los más entusiastas animadores de *Sagitario*. Pero estos gestos no impiden reconocer cierta especificidad en cada una de estas publicaciones. De hecho, las revistas platenses, como *Valoraciones* y *Sagitario* van a aparecer más preocupadas por sostener el problema de la “renovación de la cultura” en una línea de continuidad con aquel clima marcado por la lucha contra el positivismo y por la apertura a un horizonte americano, ampliamente estimulado por la presencia de exilados peruanos y visitantes mexicanos; revistas como *Proa* y *Martín Fierro* pondrán, en cambio, el acento en la renovación literaria y estética; y, por su parte, *Inicial*, exhibe “una vocación omnívora de intervención intelectual”³⁹, orientándose hacia los más diversos temas –la reforma universitaria, los comentarios políticos, la reflexión filosófica y estética, etc-. También distintas formas de delimitar y dirigirse al público son plasmadas en diferentes formatos: por las secciones, por el tipo de notas y comentarios es evidente que *Valoraciones*, *Sagitario* e *Inicial* se dirigen fundamentalmente a sus pares al interior del campo intelectual, en un formato tipo libro de aproximadamente 250 x 180 mm. Por el contrario, *Martín Fierro* es una revista de pocas páginas en formato tabloid, que acostumbra presentar artículos y notas breves, dirigidas a interesar a un público más amplio.

Atravesando estas particularidades, se puede discernir en estas publicaciones una inquietud, entonada de diversas formas, presente ya desde la Reforma Universitaria: la que sostiene la pregunta por el lugar de América frente a Europa. No es imposible leer en esas imágenes, que insisten en afirmar que “ha sonado la hora de América” y que “más de una voz nos proclama en Europa depositarios de lo poco que se ha salvado de la catástrofe”⁴⁰, el intento de construir tanto un programa como un espacio desde donde afirmar sus intervenciones, expuestas constantemente –como testimonian tantas quejas al respecto- a la

³⁹ -. La fórmula pertenece a Fernando Rodríguez y fue expuesta en “*Inicial. Revista de la nueva generación. La política en la vanguardia literaria de los años 20*” en *Estudios Sociales*. Revista Universitaria semestral. Año V. N°8, Santa Fe, 1° semestre de 1995, pp. 49-75.

incomprensión o a la indiferencia del medio. De todas formas, podría decirse que de manera análoga a los jóvenes españoles que participan de *Revista de Occidente*, encontramos en estas publicaciones argentinas una atención dispuesta al diseño de distintos mapas, atención que va a desembocar en una u otra forma en la pregunta –crucial para estos jóvenes- acerca de cómo se construye una forma de expresión propia, original y potente. En ciertos casos, es a través de América, de los recorridos por determinadas zonas de América a partir de dónde se llega a plantear el problema de los acentos peculiares que debieran inscribir a nuestra literatura en la literatura universal; en otros, será más bien “la fe en nuestra fonética, en nuestra visión, en nuestros modales y en nuestro oído” –como dirá Oliverio Girondo- la que impulse los viajes a la búsqueda de un público, pero en ambos casos está muy clara la necesidad de exponer y trazar un mapa. Y, en relación a *Revista de Occidente*, habría que pensar en qué medida su lectura, la recepción de sus tópicos y la apropiación de algunas de sus marcas estuvo mediada, en algunos casos favorecida, en otros más bien dificultada, por el empeño que estos jóvenes dedicaron a la construcción y exploración de sus propios *mapas*.

Así, por ejemplo, si tomamos los casos de *Valoraciones* y *Sagitario*, ya sea por los contactos de Carlos Américo Amaya o por la gravitación que adquiere –sobre todo en la primera- la figura de Pedro Henríquez Ureña, ya sea porque la continuación del universo abierto por la Reforma era un objetivo importante de los jóvenes platenses –ligados de una manera u otra a las aulas de la universidad-, encontramos una fuerte afirmación de un ámbito americano. Las cartas entre Romain Rolland y Vasconcelos, los contactos con el APRA y Raúl Haya de la Torre, los artículos de Mariátegui y las reseñas sobre libros peruanos, las colaboraciones en torno a la arte –principalmente, la pintura- mexicana, e inclusive la carta de un “brasileño moderno” a “un argentino moderno”, términos con los que Ronald de Carvalho se dirige a Carlos Sánchez Viamonte, nos hablan del sostenido interés por consolidar ciertas redes que hacen a la construcción de un mapa de América. Pero dado que allí aparecen revalorizadas zonas que hubieran resultado impensable rescatar desde una perspectiva anterior –más claramente, desde el paradigma positivista-, también se percibe la urgencia por cruzar este mapa con un nuevo sistema de referencias. De ahí que no presente mayores problemas el apropiarse de aquellos recorridos instalados en *Revista de Occidente*. De hecho, las notas

⁴⁰ -. Cfr. Caraffa, Brandán; “Hildebrando Pizzetti y el Dios único” en *Inicial*, Buenos Aires, Año 1, Número 1, Octubre 1923, pp. 9-21.

mencionadas van a convivir con otras que aluden, que citan, que reiteran tópicos afirmados en la publicación española, tal como aparece de manera ejemplar en el artículo de Carlos Astrada, “La deshumanización de Occidente”⁴¹, donde el autor cuestiona la afirmación exclusivista de la cultura occidental, por la cual se considera a sí misma como la más excelsa forma de vida; y desarrolla a partir de allí un análisis que subraya el conflicto entre los medios y fines, al que ha conducido el acelerado proceso técnico y la consiguiente fragmentación de las disciplinas intelectuales. Ahora, si bien Astrada, citando a Simmel, señala que el problema principal consiste en la falta de una idea común, de un fin que unifique y otorgue sentido a una multitud de aspiraciones dispersas, no duda de que es posible “la reconstitución de la vida consciente por iniciativa de la inteligencia libre”, dado que estamos en presencia de una “nueva sensibilidad” que se propone reconciliar las formas con la vida. Es esta misma aspiración la que encontramos, por ejemplo, en la propuesta de la comisión argentina para un futuro Congreso de Estudiantes:

Las juventudes de América deben propiciar el advenimiento de una nueva cultura, inspirada en los descubrimientos más recientes del pensamiento contemporáneo europeo, frente a la cultura materialista de cuño yanqui y ante la inminente disolución de la cultura europea.⁴²

Desde este programa, *Revista de Occidente* va a aparecer una fuente confiable, a la que se acude con el propósito de encontrar esas “nuevas tendencias del pensamiento contemporáneo”. Esta operación es posible también porque la renovación que más llama la atención es aquella que, por ejemplo, se está produciendo en México: es allí donde el vuelco hacia la realidad nacional, realizado por aquellos pintores que *vuelven* de Europa, deviene de modo patente en la creación de obras de arte significativas. Quizás exagerando, podría sostenerse que interesa más la novedad –tanto política como artística- de México o Perú que la de París. Como, por otro lado, desde esas regiones, Buenos Aires es mirada como “la París sudamericana”, no hay encendidas disputas en torno a cuál es o debería ser el *centro* en esos mapas. Y por ello mismo pueden sencillamente no leer esas polémicas en *Revista de Occidente*, y concentrarse en otras referencias que consideran indispensables para la construcción de esa nueva cultura en América. De ahí que las alusiones a las obras de Ortega, a las publicaciones de la editorial de *Revista de Occidente* o a autores como Worringer,

⁴¹ -. Astrada, Carlos; “La deshumanización de Occidente” en *Sagitario*, año I, núm. 2, julio-agosto 1925, pp. 193-209.

⁴² -. “El próximo Congreso Latino-Américo” en *Sagitario*, año I, núm. I, mayo-junio 1925, p. 105-108.

Spengler, Simmel y Bergson, aparezcan cruzadas libremente con las de Vasconcelos, Romain Rolland, Waldo Frank y Rabindrath Tagore.

Distinto es el caso de *Inicial*, donde al menos desde una de las muchas líneas que atraviesan esta revista⁴³, se va a insistir en afirmar la pertenencia a ese horizonte, marcado por la presencia de Ortega y la *Revista de Occidente*. Desde estas páginas, el pensador español aparece reconocido como “el filósofo de la nueva generación”; se insiste en defender un cambio de sensibilidad apelando a “la nueva mentalidad de Occidente”⁴⁴, caracterizada por “nuevos movimientos que afirman la decadencia de todos los valores de sistema y de todos los racionalismos –aún los disfrazados de realismo y de positivismo- como contrarios a la vida”, y, además, comentando *Revista de Occidente*, se ubica expresamente a *Inicial* en su mismo recorrido. Y a la hora de anotar una diferencia, ésta radica “en el valor intrínseco de ambas iniciativas”. Mientras que, *Revista de Occidente* se reconoce como “el fruto maduro de discreta y larga meditación, emprendida por hombres de talento y cultura completa, (...) *Inicial* es la expresión de un fervoroso entusiasmo juvenil, lanzado a los cuatro vientos, con la candorosa ingenuidad del sembrador que no repara tanto en la aristocracia de la semilla, cuanto en la noble significación del gesto”⁴⁵. Esto nos lleva a preguntarnos por qué una revista que, en líneas generales, no vacila a la hora de exagerar el gesto iconoclasta, mantiene sin embargo una mirada tan respetuosa hacia *Revista de Occidente*. Si recordamos que en *Inicial* donde más fuerte y frontalmente van a ser atacadas figuras consagradas, como la de Lugones, y donde también, por otro lado, van a ser frecuentes las quejas contra la juventud que fatiga sus fuerzas en “la vida limitada y ociosa de las tertulias de café, de los cenáculos herméticos y de estériles rivalidades literarias”, tal vez resulta más comprensible el gesto de filiarse a un emprendimiento externo, al que se valora por ser una “nota moderna en el ambiente español” y por encauzar de la mirada “desde los confines occidentales de Europa (...) hacia esta América que se abre ante su perspectiva como una vasta esperanza”. De algún modo, tal como *Revista de Occidente*, ellos también están o quieren situarse “afuera” (dato que de algún modo aparece en la larga lista de “contras” con la que esta publicación se

⁴³ -. Cfr. Rodríguez, Fernando; “*Inicial. Revista de la nueva generación*. La política en la vanguardia literaria de los años 20”, op. cit; y Salvador, Nélica; “*Inicial: Revista de la nueva generación*” en *Índice de Inicial Revista de la Nueva Generación*, Cuadernos de Bibliotecología N° 18, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires- Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, 2000, pp. 7-12.

⁴⁴ -. Véase “Un filósofo de la nueva generación”, en *Inicial*, año I, núm. 3, dic. 1923, pp. 58-63; y “La nueva mentalidad de Occidente”, en *Inicial*, año I, núm. 4, enero-marzo 1924, p. 3-10.

presenta⁴⁶), porque es esa posición la que los habilita para ejercer la crítica despiadada hacia dentro, crítica que no se detiene ni aún ante sus propios aliados.

Más ambigua y compleja es la posición de *Martín Fierro* frente a *Revista de Occidente*. Ciertamente, tanto ésta como su director aparecen mencionados en contadas ocasiones, aunque sí se abre este espacio a jóvenes escritores españoles que colaboran asiduamente en *Revista de Occidente*. En este sentido, en *Martín Fierro* no sólo se publicará una antología de “autores españoles nuevos”, sino también textos de Benjamín Jarnés, Antonio Marichalar, Giménez Caballero, y más frecuentemente colaboraciones y cartas de Guillermo de Torre. Facilitaron estas inclusiones contactos personales, como los de Borges o los que Oliverio Gironde arma a partir de su visita a España, pero seguramente también estas vínculos operaron en la atención que *Revista de Occidente* dedica a estos autores rioplatenses en las notas bibliográficas.

Si bien en *Martín Fierro* aparece una y otra vez la pregunta por la *forma* que han de tomar la literatura y el arte radicalmente modernos, en un actitud que todo el tiempo manifiesta una aguda preocupación por las “orientaciones actuales” y la “sensibilidad del momento”; si bien, en ocasiones, son notorias los giros y las referencias implícitas tanto a

⁴⁵ -. “Revista de Occidente” en *Inicial*, año 1, núm. 6, sept. 1924, pp. 98-99.

⁴⁶ -. Como se puede apreciar, la lista de “contras” que pronuncia *Inicial* es muy amplia: “Queremos para INICIAL una juventud combativa y ardorosa, que odie y ame, y no haya sacrificado jamás en ningún altar. Creemos que graves responsabilidades pesan sobre la nueva generación. Hay en el seno de la juventud argentina un germen de plenitud y de perfección que es necesario salvar. Para eso, desbrocemos el camino de su germinación. Luchemos contra los *snobs* elegantes, enervados sobre los blandos cojines de una ironía fácil y un pesimismo frívolo; contra el humor amargo de los impotentes, que todos los días envenenan las cuatro páginas de lectura mañanera con la acritud de su hipocondría; contra la crítica que todo lo niega, y nada afirma; contra los grandes diarios malolientes de judaísmo, donde se fraguan, como en un antro de nibelungos, las consagraciones artificiales, y donde se escamotean los verdaderos valores; contra los que se levantan sobre el hombro de los sanos ideales, rebajándolos; contra los que han hecho del comunismo y del obrerismo una mentira descarada, uncálculo social sin belleza que abre a los audaces el camino de Damasco; contra los que explotan los ideales ingenuos de la juventud sana, prostituyendo la Reforma de la Universidad a la caricia torpe de los advenedizos; contra las aspiraciones sentimentales y romantizantes, con que los fuertes engañana los débiles y los débiles se consuelan de su impotencia; contra el panamericanismo yanqui y la confraternidad latina; contra los afeminados de espíritu que ponen en verso el gemido de las damiselas y hacen ensueños sobre la ciudad futura; contra los apologistas del sufragio universal; del parlamentarismo y la democracia de nuestros días, mentiras fraguadas en el gabinete de los banqueros; contra los que se erigen en maestros de la juventud y se columpian sobre las ideas, oscilando de un día para otro entre los extremos contrarios; contra la farsa grotesca de los concursos literarios y los certámenes poéticos; contra los socializantes, que explotan la miseria para empinarse sobre las bancas parlamentarias; contra los dilettantes que hablan a la juventud sobre filosofía y ciencia repitiendo todos los días la simulación de lo que no se sabe; en fin, contra todo lo que hay, en arte, en política, de engaño, de impotencia y de feminidad. INICIAL combatirá todo eso, y mucho más, y pedimos que la juventud vuelque en nuestras páginas acentos de indignación y de entusiasmo.” (“*Inicial*”, op. cit., pp. 5-6)

Ortega como a su revista⁴⁷, ¿por qué se elude la cita, la mención, y predomina más bien una actitud de silencio y distancia? Es decir, la cuestión que nos atañe es: ¿por qué una publicación tan inclinada a mostrar y exhibir la novedad, más bien se preocupa por eludir la mayor parte de las veces filiaciones explícitas a *Revista de Occidente*? Por otro lado, el prestigio de que gozaba esta publicación surge en determinados gestos, cuando por ejemplo se anuncia la edición de *Calcomanías*, ofreciendo al lector dos poemas, casualmente “Escorial” y “Juerga”, sin evitar mencionar, por supuesto, que fueron tomados de *Revista de Occidente*. Dado que, como se dice en la nota, *Martín Fierro* cuenta a Gironde como “uno de sus principales redactores”, es evidente que no necesitaban tomar sus poemas de ninguna otra publicación, y que más bien se trata de exhibir que *también* fueron publicados allí.

Entonces, si en principio un lugar de visibilidad y relevancia de *Revista de Occidente* no es discutido y atacado, si existen contactos y vínculos entre colaboradores de ambas publicaciones, si efectivamente no se deja de aludir a tópicos patentados por la

⁴⁷ -. Las referencias a *Revista de Occidente* atraviesan un amplio espectro de colaboraciones en *Martín Fierro*. En algunas oportunidades, esa filiación se hace explícita, como es el caso de Astrada, quien en su artículo “Imperativo de Plasticidad” cita tanto “Filosofía de la moda” de Simmel (traducido y publicado en 1923 en *RO*) como *Las Atlántidas* de Ortega y Gasset (Véase *Martín Fierro*, año IV, núm. 38, feb. 1927 en *Revista Martín Fierro...*, op. cit., p. 308). Pero, tal como decíamos, en la mayoría de las ocasiones, aparece sólo la alusión implícita sea a algunos de los temas, autores o marcas propias de *RO*, sea a los tópicos que atraviesan por esos años la producción orteguiana. Así, por ejemplo, Horacio Linares, al polemizar con Galvéz retoma casi textualmente a Ortega al afirmar: “Toda generación medianamente vigorosa busca y encuentra un acuerdo original entre sus íntimos problemas y las ideas circundantes” (*Martín Fierro*, año II, núm. 18, 26 junio 1925 en *Revista Martín Fierro...*, op. cit., p. 125). Por su parte, Evar Mendez, en las presentaciones de la labor realizada que, año tras año, se suceden en la revista, va a insistir en asociar la “nueva sensibilidad” a nuevos valores que suponen un cambio “en las costumbres, las ciencias, la filosofía y la mecánica”. Si bien es cierto que sus afirmaciones no avanzan explicitando en qué consisten esos cambios o a qué fenómenos remite, es posible leer allí una alusión rápida a aquello que caracterizaba la perspectiva tanto de Ortega en particular, como de *Revista de Occidente* más en general. Y esta operación resulta plausible por ciertas marcas del lenguaje: su alocución continua sosteniendo –en total sintonía con *El tema de nuestro tiempo*– “está cumpliéndose una ley biológica, con irremediable fatalidad: la juventud aporta, en forma decidida y decisiva, su contribución renovadora” (“Notas de Martín Fierro”, *Martín Fierro*, año II, núm. 16, 5 mayo de 1926 en *Revista Martín Fierro...*, op. cit., p. 108-110). Colaboradores como Alberto Prebisch no escatiman el uso de los materiales de *Revista de Occidente* a la hora de reflexionar sobre el problema de la forma en el arte: véase por ejemplo, su “Sugestiones de una visita al Salón de acuarelistas, pastelistas y aguafuertistas” (*Martín Fierro*, año I, núm. 5-6, 15 de junio 1924 en *Revista Martín Fierro*, op. cit., p. 35) o “Fantasía y cálculo” (*Martín Fierro*, año II, núm. 20, 5 agosto 1925, en *Revista Martín Fierro...*, op. cit., 141). Frecuentes son las alusiones a Spengler, tal como aparece en la reseña crítica que Borges le dedica a *Literaturas europeas de vanguardia* de Guillermo de Torre, o en aquella nota de Serge Panine sobre el Regent Street donde la tesis de que, en realidad, es América la que renueva a Europa, comienza festejando el hecho de que “quizás la decadencia de Occidente no pase de una simple amenaza” (*Ibid.*, p. 139). Véase también de S. P. “Acotaciones a un tema vital” (*Martín Fierro*, año I, núm. 10-11, sept.-oct. 1925 en *Revista Martín Fierro...*, p. 68)

publicación de Ortega para atacar a aquellos que “niegan toda apariencia de verdad en la renovación”, ¿cuáles son los factores que inhiben un reconocimiento más explícito de *Martín Fierro* hacia *Revista de Occidente*?

Podríamos mencionar, en primer lugar, una diferencia clara en torno a los “planos de la vida moderna” en la que deciden concentrarse. En efecto, *Martín Fierro* se presenta como un “periódico quincenal de arte y crítica libre”, y si bien se ha preocupado por atender en sus páginas a un amplio espectro de las manifestaciones estéticas, es conocido el hecho de que sus principales redactores tenían un especial interés en el campo de la renovación literaria. Es decir, se trata de una revista literaria, animada por un grupo de jóvenes escritores. Por su parte, *Revista de Occidente* era una publicación de cultura general, dirigida por un reconocido pensador español, cuyas preocupaciones y contactos tendían a privilegiar el ensayo de índole filosófico, histórico o estético. De todas formas, tal como vimos, la renovación literaria no era un aspecto descuidado en *Revista de Occidente*, pero tampoco constituía el eje de las contribuciones positivas que esta publicación quería mostrar, dado que allí se anudaban una serie de las polémicas y negaciones sostenidas frente al claro predominio de la producción francesa.

Como es sabido, en *Martín Fierro* la importación de “lo nuevo” a partir de la lectura de autores europeos se va a cruzar con la preocupación por inscribir en la literatura universal una obra profundamente argentina⁴⁸. En este sentido, una de las tantas afirmaciones de Evar Mendez, destinadas a reiterar a su público “quiénes son”, más bien exhibe claramente cómo desean escribir: “muy argentinos de hoy, con la recia raíz gaucha y el acento genuino de la civilización occidental de la que formamos parte”⁴⁹.

Ahora bien, ¿qué miran como *centro* de esa civilización occidental? Tal como *Revista de Occidente*, en primer lugar a Francia. Ciertamente, también ven otras cosas: Ramón Gómez de la Serna, Marinetti, pero estos viajan a Buenos Aires; en cambio aquellos escritores que son vistos más allá de que cualquier gesto realizado para ubicarse en rango de visibilidad son los franceses. Y en *Martín Fierro* son visualizados desde una perspectiva francamente diferente a aquella que exhibe *Revista de Occidente*, perspectiva que sea a

⁴⁸ -. Cfr. Sarlo, Beatriz; *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Edición Nueva Visión, 1988, cap. IV, “Vanguardia y Utopía”, pp. 95-120.

propósito de Apollinaire, de Proust o de Gide, como de Giraudoux, Paul Morand, Jules Romains o Valery Larbaud está dispuesta siempre al reconocimiento y al elogio. E incluso ante una figura a la que se consideran ajena a la sensibilidad contemporánea, como Anatole France, la negación al homenaje es casi más bien un pedido de disculpa por no rendir ese homenaje a quien ha sido “un momento insustituible de nuestra formación espiritual”.

A diferencia de *Revista de Occidente*, es evidente que *Martín Fierro* no se percibe cerca de ese *centro*. Consciente de que “es más difícil triunfar en Buenos Aires que en París”, no tiene sin embargo que disputarle a París ningún público, cuestión que en cambio sí parece una prioridad para los jóvenes escritores españoles que participan de *Revista de Occidente*. Y esto es lo que estalla en la famosa disputa por el “meridiano intelectual”, polémica que inicia Guillermo de Torre desde *La Gaceta Literaria*, revista que surge en 1927, dirigida por Giménez Caballero y presentada por Ortega, empresa en la cual participa un amplio espectro de los jóvenes colaboradores de *Revista de Occidente*. Y, de algún modo, el ataque al provincialismo con el que Ortega se despacha en la presentación de *La Gaceta Literaria*⁵⁰, no es sino otra forma de mentar aquel cosmopolitismo que abre *Revista de Occidente*, rasgo que resalta del “momento actual” y al que apela para construir sus mapas. Desde estos mapas, la comunidad de la lengua es el punto de partida que lleva a la consideración del público hispanoamericano como un público naturalmente propio. Y es en parte lo que está en juego en las polémicas constantes que *Revista de Occidente* sostiene frente a la producción francesa. Y esto es lo que plantea directa y explícitamente el artículo de Guillermo de Torre que inicia la polémica por el “meridiano intelectual”:

¡Basta ya de tolerar pasivamente esa merma de nuestro prestigio, esa desviación constante de los intereses intelectuales hacia Francia!

Frente a los excesos y errores del latinismo, frente al monopolio galo, frente a la gran imantación que ejerce París cerca de los intelectuales hispanoparlantes tratemos de polarizar su atención, reafirmando la valía de España y el nuevo estado de espíritu que aquí empieza a cristalizar en un hispanoamericanismo extraoficial y eficaz. Frente a la imantación desviada de París, señalemos en nuestra geografía espiritual a Madrid como el más certero punto meridiano, como la más auténtica línea de intersección entre España y Europa.⁵¹

⁴⁹ -. “Martín Fierro 1926”, *Martín Fierro*, Año III, núm. 27-28, mayo 10 de 1926 en *Revista Martín Fierro 1924-1927. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, p. 196.

⁵⁰ -. Ortega y Gasset, J.; “Sobre un periódico de las letras” en *Obras completas*, op. cit., tomo III, p. 446-448 (publicado en *La Gaceta Literaria*, año I, núm. I, enero 1927).

⁵¹ -. De Torre, Guillermo; “Madrid meridiano intelectual de Hispanoamérica”, *La Gaceta literaria*, año I, núm. 8, 15 de abril 1927, p. 1.

Ciertamente, *Martín Fierro* no va a vacilar en manifestar su rotundo rechazo a esta propuesta. Y si en la famosa polémica esa posición alcanza un tono fuertemente agresivo,

no está de más recordar que desde sus primeros números, esta revista juvenil se va a preocupar por afirmar que “ya no somos hispanoamericanos”, que existe un “tipo argentino” y una “sensibilidad argentina”⁵², cuya particularidad justifica la negativa a admitir una indiferenciada inclusión en el universo hispano. Esto no impide que en ocasiones se reconozca que esa afirmación de una identidad nacional, constituye más bien un programa que un hecho, pero en todo se caso se trataba de un programa en el que, sin duda, se consideraban altamente involucrados.

Si efectivamente desde allí resulta en parte concebible ciertas distancias y silencios frente a *Revista de Occidente*, también opera de modo decisivo el hecho de que estos jóvenes van a preferir manejarse con sus propios *mapas* -mapas en el cual París resulta elegido como centro- no sólo por sus propios viajes, sino también –como ha señalado

⁵² -. Con una inusitada frecuencia es **frente a España** que las colaboraciones de *Martín Fierro* sienten la necesidad de afirmar la existencia de un “tipo argentino” y de “una sensibilidad argentina”, temas ambos que van a ser mentados en casi todas las respuestas de los jóvenes rioplatenses en torno al “meridiano intelectual”. Me gustaría resaltar aquí la manera singular cómo aparece en una de las una de las curiosas “Notas al margen de la actualidad” (*Martín Fierro*, año I, núm. 3, abril 1924 en *Revista Martín Fierro...*, op. cit., p. 18). La nota responde a un comentario de Federico de Onís, quién aparentemente quiso reinvidicar para España “nuestro *Martín Fierro*”. En esta respuesta, que explora varios argumentos para explicar por qué “ya no somos españoles”, una frase resulta significativa porque afirma el mismo hecho en distintos tiempos verbales: en un pasado reciente, en el presente y el futuro: “porque no quieren creer sus políticos, escritores, hombres de ciencia o simples gentes anónimas que ya no somos hispanoamericanos por otra cosa que no sea el habla, que los inmigrantes de veinte países distintos, con sus idiomas, sus gustos, sus costumbres y religiones, **han formado** un tipo argentino que muy poco tiene que ver con el español ni aún con el criollo del coloniaje, y que se **está elaborando** aquí un tipo étnico, acaso el definitivo argentino, que a Dios gracias, **será** cada vez menos ibérico...”. Con respecto a la “sensibilidad argentina”, es sabido que *Martín Fierro* organiza una encuesta preguntando: “1-. ¿Cree Ud. en la existencia de una sensibilidad, de una mentalidad argentinas? ; 2-. En caso afirmativo, ¿cuáles son sus características?”, encuesta cuyas respuestas aparecen en el núm. 5/6 (*Revista Martín Fierro...*, op. cit., p. 38). Aún cuando Gironde estime allí que “la primera pregunta es una agachada de *Martín Fierro*, puesto que *Martín Fierro* no puede dudar de la existencia de una mentalidad y una sensibilidad argentina”, sin embargo, de un total de doce respuestas, seis se pronuncian directamente por el “no”. El propio Lugones, que encabeza la lista de los consultados, elude responder explícitamente sobre la cuestión y realiza un breve rodeo, que sugiere el “sí”, pero no lo pronuncia. Quienes se inclinan por un “no” son Pedro Vignale, Mariano Barrenechea, Samuel Glusberg, Luis María Jordán, Andrés L. Caro, Pablo Della Costa, por cierto ninguna de las figuras centrales de *Martín Fierro*, quienes por otro lado –salvo Gironde– tampoco contestan la encuesta. Esto no impide que, al calor de la disputa por el meridiano, Evar Méndez retome esta encuesta dando por sentada la respuesta mayoritariamente positiva, pero también aquí aparece cierta inestabilidad de su discurso en torno a esta cuestión: al mismo tiempo que trata de mostrar que existe ineluctablemente –en Sarmiento, en Alberdi, en Mitre, en Joaquín V. González y en Lugones– una tradición argentina a la que ellos pueden filiarse, sin embargo termina proclamando que, de todas formas, “a nadie nos ata la tradición, como que estamos haciendo la nuestra” (Mendez, Evar; “Asunto fundamental” en *Martín Fierro*, año IV, núm. 45/46, nov. 1927, en *Revista Martín Fierro...*, op. cit., p. 475).

Sarlo- porque allí aparecían sólidamente afirmados ciertos valores estéticos que ellos necesitaban rescatar para afirmar la legitimidad de su programa en diversos frentes. En efecto, era necesario responder tanto a las críticas de Mariani, como a las de Galvéz.

De todas formas, la misma *Martín Fierro* que se pronuncia claramente en contra del hispanoamericanismo, recibe con todos los honores a Ramón Gómez de la Serna, quien por su parte realiza gestos de inequívocos de reconocimiento hacia estos jóvenes. En la “Salutación” con la que anuncia su visita, sostiene precisamente que “lo nuevo tiene que resplandecer en América donde no hay ningún fanatismo que detenga la aurora esperada”. Este acercamiento, que se une a otros que propiciaron frente a autores españoles –entre ellos, el mismo Guillermo de Torre- pareciera buscado por *Martín Fierro*: así como Gerardo Diego sugiere en algún momento desde las páginas de *Revista de Occidente* que la nueva producción española puede encontrar en América tanto un público como un mercado; también los jóvenes que participan en *Martín Fierro* conciben que el contacto con los españoles puede servirles tanto para editar sus obras como para asegurar una difusión más amplia de las mismas por el resto de América. De hecho, la “misión intelectual de Gironde”, articulada en un viaje por Perú, México y España, “significa –tal como la expone *Martín Fierro*- la difusión de la obra y los nombres de los nuevos intelectuales argentinos y uruguayos, entre los públicos más comprensivos de los continentes americanos y europeos”⁵³. Si la cuestión del hispanoamericanismo, tiende entonces a marcar distancias; si precisamente la colocación a la que aspiran los jóvenes españoles tanto respecto de Francia como de América incita a exhibir los planos que resultan de su propia experiencia cosmopolita; sin embargo, otras preocupaciones los acercan. Y también con respecto a *Revista de Occidente*. Ciertamente, si estos jóvenes parecen más preocupados por “lo nuevo” que por su fundamento –lo cual también los predispone a cierta distancia frente al enfoque general que *Revista de Occidente* va a imprimir a sus apreciaciones sobre la novedad en literatura-, esto no les impedirá, sin embargo, explotar para sí aquel marco de referencias –Spengler, Worringer, Simmel, el propio Ortega- que ante todo afirmaba la ineluctabilidad de “lo nuevo”.

⁵³ -. “Oliverio Gironde en misión intelectual” *Martín Fierro*, año I, núm. 5-6, 15 de mayo- 15 de junio de 1924, en *Revista Martín Fierro...*, op. cit., p. 47.

- Universidad de Buenos Aires.
- Universidad de Quilmes

(Este trabajo, reducido a la extensión de 10.000 palabras, ha aparecido en la *Revista de Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Universidad de Tel Aviv, vol.14, julio-sept 2003).